

FIGARO

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripcion: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Loteria del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Marzo 28.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 53.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XXIV.

Del gran discurso que pronunció Don Quijote acerca de las armas de las letras.

Detuvo la conversacion de Don Quijote y de Sancho otra que cercana se percibia de nobles caballeros, los cuales por sus palabras y el acento prontamente son de todos conocidos; y ellos apenas entre los árboles advirtieron la armadura y grave aspecto del de la Mancha cuando se apresuraron, salieron al encuentro y saludaron con el mayor donáire y cortesía.

—Feliz podré llamar por siempre esta ocasion, dijo un Señor grave, que me proporciona la incomparable de ver y hablar á la flor y la nata y al modelo mismo de la andante Caballería.

Otras razones á estas semejantes pasaron con otros Señores que, al parecer venian en aire y son de campestre cabalgata, y todas las cuales correspondió el de la Mancha con extraordinaria cortesía y cumplidos y comedimientos.

—Que bien halladas sean las sus mercedes, dijo Sancho, y sea para servir á Dios; y decirme han, y hacerme además servicio mucho, si llevan ó traen por ventura, algun ramal ó pedazo siquiera de cabestro conque trocar ó componer el de mi rucio, que harto se encuentra malparado.

—Para vos fuera él mucho mejor y mas á cuento, exclamó Don Quijote; ¿ni qué ocasion es esta de cabestros? Hallárades otra mejor de adornar las bestias.

—De ocasiones, las que se vienen á la mano, dijo Sancho, y no las buscadas y perseguidas, con el cual refrancico quiero dejar mi reputacion bien asentada; y en cuanto á mí toca y pertenece, harto tengo con los mis años que me conduzca y ate, sin mas

—Dice muy bien Sancho, añadió un Caballero, á quien no hay cortarle su habla donde quiera que él la comenzare.

Y sin mas dióle al escudero un freno de caballo que el Caballero llevaba de repuesto.

—Ved ahora aquí, contestó Sancho, un hombre molido á fuerza de larguezas, pues dándole graciosamente muy mas de lo que él necesita quédase mas que nunca necesitado; y así me encuentro siervo de mi agradecimiento y no servido para el caso. Pues, ¿qué pareciera el rucio con jaéces tan lujosos? Por lo cual debe siempre tenerse cada cual en su lugar propio, sin salirse de su rango, pues no hay tal ridícula cosa y estupenda cual rucios con jaéces de caballos.

Ni hubo medio ni modo con los cuales se obligase á Sancho á aceptar la dádiva del caballero.

Llegó en esto un pastor, el cual hizo saber á los Señores como no podian pasar mas adelante, y era preciso que volvieran atrás al punto su caminata.

—¿Quién, pues, así lo ordena? preguntó el grave personaje que hablado habia con Sancho.

—Lo manda el Guarda-bosque, dijo el pastor, pues dormir quiere agora; y fuese apriesa sin decir otra palabra.

Miráronse unos á otros los Señores sin proferir ni una sola, y comenzaron á bajar á la ladera opuesta á la casilla del monte, mientras Sancho murmuraba y añudaba pausado el cabestro viejo de su rucio. Y á media voz decia:

—Si que para todos hay frenos y cabestros, y bien haya quien el suyo compone, y añuda como pudiere, y con él se va al campo que quisiere, y por donde le placiere sin que nadie valla ni estorbo le pusiere.

—¿Qué murmuras, Sancho? preguntó Don Quijote.

—No murmuro, dijo Sancho, sino que el Sol es brillador y arrogante por el dia porque no vela de noche; y así se acuesta la Luna en cuanto aclara la mañana, si es que no la antoja, además

dormirse cuando suele estar despierta, pues esto va en clases de noches. Y saberlo debe el Guarda-bosque.

No dió tiempo ni espacio á respuesta alguna la llegada á gran carrera es una radiante dama en lujo y hermosura. Recibiéronla cortesés cual afanosos los apuestos y nobles caballeros la ella, ocultando su profundo cual-sigogriento enojo, exclamó:

—Olvidé, Señores, advertiros que hay veda y coto en esos nuevos brados de la opuesta vertiente del monte, los cuales si por ahora tanto anhelo y cuidado han, mas tarde recompensará la próspera naturaleza las presencias.

Fué entonces la mirada de maravillosa, y el fuego de su torrente de lava, y el inclinado y adornada cabeza y opulenta rubia cabellera encanto de presentes y envidia de cuantos no los vieron mas oyeron el suceso.

—En buen hora, Señora mia, es la verdad el universo inmenso que supisteis explicar en frases breves exclamó Don Quijote, y bien es impuesto á todo Caballero esos cotos y vedas, como lo sean para vos principalmente; pues envidiosas de vuestra fermosura las flores se deshojában, ni brotáran jamás semillas del seno de la tierra conque vos la paseárais un momento solamente. Y siento cual andante non poder, cual deseára, arrojeros en vuestra gran coita, pues sabeis de mis deudas á la sin par Dulcinea del Toboso.

—¿Sois, en fin, vos el Caballero de los Leones? dijo la Señora.

—Hablen por mí ahora, porque no sean ni puedan con otros ser confundidos, mi amor y mis palabras, con los cuales doy la mas firme é incomparable fé de mi persona, contestó Don Quijote.

Y aparecieron sobre el extenso y matizado tapiz de la verde ladera alegres compañías de damas y donceles, de una de las cuales rompió su rápido y anhelado vuelo un poderoso azór,

Un victoriosa y nadaron por el ámbito de la atmósfera; mas á una voz de la dama, que al lado cabalgaba de Don Quijote, el ave cetrera, abandonada la señal y mandato del grupo de los cazadores de la ladera aún lejana, vino á posar con su presa sobre el arzon delantero de la silla del caballo de la señora que galopaba al lado mismo del de los Leones.

—¡Toma que mi aguelo, exclamó Sancho, y si está la avecica bien enseñada! ¡y échanla tórtolas y palomicas coitada que ella sabe bien donde la esperan la caza!

Mas no pasado mucho tiempo, le cayó también su vuelo inopinado un salvaje de la montaña, el cual, cayéndose caer repentino sobre el cuello del alazán de la Señora, hizo tal tenáz en la ya desventurada con tan iracundos gritos y alaridos espantado el cuadrúpedo, que rogante, dióse á huir veloz por el viento por el recuesto. Mas, bien que en valde, los caballos todos al socorro de la dama, ella ciertamente no hubo merced habiendo dejado apurar al corcel todo el ímpetu y ardor de la carrera, así que esta hubo terminado, dio de espuela la Señora al alazán para obligarle á otra y otras de aquel género que dejan domadas para siempre jamás la ira y la fiereza. A lo que Sancho dijo:

—Mas ¡jó! que te estrego, pollina mi suegro! y apartese ¡nora en tall! ¡quebrajo! ¡Y la hi del gran bella! ¡no parece nuevo gerifalte segun el su volár por campos y valladares!

Y dice aquí el Bachiller Avellanado que la Señora Baronesa al dar al aire sus ligeras sederías sobre el desatentado y potente cordobés por aquellas floridas praderías, no parecía sino Dido la fenicia con su tropa de ninfas fugáz por las campiñas de las ardientes costas de Cartago.

Mas el azor de la dama menos se avino aún al abandono de su presa, que disputaba sangriento y sanguinario; y añudados y oscilando en medio del azul espacio entrambos contendientes, dejáronse caer la presa en medio del combate, por quedar expeditos á singular batalla y trance, que no habia de hallar término sinó con el próximo fin del uno de ellos. Al cabo fué el azor con penoso vuelo á expirar en las manos de su Señora; el neblí tornó á su presa, y con ella voló rápido

á lo mas elevado de la sierra. Sobre un anciano roble arrancaba despues las plumas de su víctima con sus voraces rojos ojo y pico.

—Lúcense las aves de rapiña con sangre de inocentes! exclamó Sancho Panza; y apláudense victorias de neblíes sobre sencillas tórtolas torcaces!

—Mas no ficiera el mismo Cid Rodrigo Diaz, dijo D. Quijote, en cuanto supo alcanzar á la Señora Baronesa; y este azor quedar debe por trofeo enclavado enfrente del átrio del palacio mejor de vuestra excelencia para perpetua memoria.

Y cuando temian los caballeros las resultas del susto de la dama y de la pérdida del azor mas estimado entre todos los de las perchas del palacio, dijo la hermosa Baronesa:

—Tal es la obligacion del peleante, que es mas bello cadáver que en su huída, lo cual no ha de negar el Señor Don Quijote de la Mancha.

—Sancho, exclamó Don Quijote, ven aquí, hijo, y atestigua ahora qué viste en todo fecho de tu amo.

—Largas historias, contestó Sancho, largos días, y en días muchos muchas horas; y mas dicen silencios que elocuencias.

—Eso sí, interrumpió Don Quijote; que la alabanza envilece; mas ya mis aventuras resuenan por todo el orbe con la estampa, y hable Ben-Engeli.

Mas hubiera añadido el de la Mancha, pero llegó á sus oídos rumor de plegaria y canto fúnebre con ruido de gentes compasado y respetuoso; y al doblar de un recodo, vióse como muchas personas marchaban á modo de procesion, y detrás iba un féretro cubierto de silvestres ramas el cual llevaban en hombros cuatro hombres verdinegros con pié descalzo, todo lo que á la caída del Sol, á la incierta luz de los míseros farolillos de la comitiva escuálida y en medio de los campos sorprendia y aun sobrecogia cuanto lastimaba.

Despidióse al punto de la dama y de los Caballeros Don Quijote, para marchar alonde él creia de su deber acudir inmediatamente, y en compañía de Sancho llegó al cabo á las luctuosas gentes, de las cuales ni fué admitido ni desechado, mas recibido en silencio.

Notó como los del ataúd eran morenos harto, y blanco ni uno solo de cuantos acompañaban al cadáver, antes, al parecer, gente peregrina de desviados pueblos ó naciones, y dijo á Sancho el Caballero:

—Te hago saber como estos no son gentes castellanas.

—Y yo notifico á su merced que estas son gitanerías, dijo Sancho.

—De fuera consideras estas cosas, dijo Don Quijote, que no por dentro; pues has de decirme ahora que sean los gitanos, só pena de no haber manifestado idea alguna.

Y acercándose á Sancho, prosiguió así quedito.

—¿Conoces como dentro de tí amenudo sientes lo que no es lícito, ni puro, ni digno de la rectitud del hombre honrado, ni siquiera debe ni puede ser expresado con palabras?

—Si va á eso su merced, dijo Sancho, así será á la par mi preguntar al Señor Don Quijote, si no andan también moros por su costa; y sin ir tan allá ni tan adentro á cosas levantadas del discurso, ahí está pintiparado el cuerpo humano del cual no hay poder hablar ni despegar el labio de cuanto hace y necesita aun sabiendo todos nuestros necesidades y actos y hechos.

—Bien está, prosiguió Don Quijote, que reconozcas todo eso y sientas cuánta es la dignidad y cuánta la miseria del ser humano, de una parte privilegiado, noble y sublime cuanto por otra abyecto y perseguido. Pues ahora añade Sancho, como esta tenáz y continuada lucha y guerra, que adviertes dentro de tí mismo, palpable existe en la sociedad doliente humana, de la cual la familia canítica es el negro genio que ha manchado continuamente la blanca casta. Y así explicarás en un punto las asirias como las árias historias, las persas y las índicas cual las séricas y americanas.

—Y que han de ser todas esas muchas historias, dijo Sancho, y por los nombres bien se las presume, que son peliagudos y semejan de algebrista ó farmacéutico, que dicen hicieron así revesados y de rasguño para con su sonido y rechinamiento espantar y confundir á las enfermales.

Sonrió D. Quijote y continuó de esta manera:

—Pues no te falta ya sino conocer como el hombre vino al mundo ser sociable, pues sin su sociedad la caridad fuera imposible, y por eso en toda nacion ó pueblo te hallarás en todos tiempos inquietas gentes y viageras de uno á otro lejano contorno trashumantes, áun falta de caminos y dineros.

—Y miren aquí agora, exclamó Sancho, y el mismo diablo cojo no lo inventára, como tenemos aquí estos negros mestizos explicados en solo un

palmo de terreno, y como aquí es el saber viéndolo que hicieren.

Llegar la turbia procesion al pié de un álamo robusto y parar sin proferrir sola una palabra fué todo uno. Los del féretro pusiéronle en tierra, y dos negros digéronle sus oraciones mientras cuatro, armados de sus azadas cavaron la sepultura, la cual abierta en breves instantes forraron de las hojas de aquel campo.

—Dios te haya en su paz, fantasma ó persona verdadera, sueño ó figura real humana, ó lo que fueres; y no mas vuelva tu sombra á fatigar los sueños de los buenos y á causarles espantos, bruja ó vision de sábados invernizos, dijo un payo.

Don Quijote que oyó toda esta plática, interrumpiéndola dijo:

—No hay maravillarse, señores, de estos azares, hoy por fuerza abundantes en el mundo, pues van, y no lo quieren creer tontos, por vía de encantamento. Y aun sin venir á nuestros días, yo me acuerdo haber posado en gran feudal castillo, en el cual fué imposible de todo punto distinguir una albarda de jumento de un jaéz de caballo; y aun me confundieron un yelmo con una bacia de azofar de un barbero. Que en espirituales concepciones así estamos medrados por no saber mirar sino por ojos de la cara.

—¿No se ven por ventura bacías ni jaeces? dijo el payo.

—¿No se ven en efecto! exclamó ya sobre sí Don Quijote; que si vieran los hombres contempláranse á todas horas en medio de milagros; ni murieran de melancólicas abyecciones. Y dígame el honrado payés qué difunta es aquesta; para lo cual si bastan los sentidos, ruego á todas vuestas mercedes por la Orden de la andante Caballería, donde mas largamente se contiene, y por la sin par Dulcinea del Toboso, que es ruego de ruegos, se aproximen á la fuesa y vean, oigan, huelan, gusten y palpen á mas no poder; y si olieren á azufre ó cosa sucia, ó pañizuelo de dueña replanchado; ó vieren pata, rabo, uña ó pico de lechuza, ú oyeren gruñido de cerdo, respiracion iracunda de cárabo ú otro chichear de mala especie y cualidad de desafinamiento; ó si tocaren piel de culebra ó gustaren desagradablemente, digan que es bruja ese cadáver.

Y comenzaban en pié los circunstantes, formados en redondél, á usar y practicar los medios propuestos, que fué en toda verdad el primer cuadro del mundo en feas cataduras con mo-

bocas y narices, cuando prosiguió Don Quijote:

—Ahora bien; podrá ser que sus mercedes padezcan estrechéz de nariz para el olfato, ó estén acatarradas, ó hayan cortedad de vista ú otras perjudiciales análogas circunstancias; pero á todo viene á acorrer la humana inteligencia que determina pruebas seguras, fáciles y fehacientes. Y fórmense además aquí dos bandos sin pérdida de tiempo, que es ya tarde, y colóquense en el derecho los que pensaren gitamente, digo los que dan á la difunta por gitana, y váyanse por allá los que juzgaren lo contrario; pues, ó yo soy gran ignorante, ó por votos se alcanzan las verdades.

Y todos los del corro permanecieron inmóviles.

—¿No basta por ventura? Tráiganme aquí en un momento un buen cubo de agua, á condicion que venga hirviendo á borbotones, que yo cuidaré de echar dentro de él una piedra mediana. Quien sacare á brazo desnudo la piedra contenida en la abrasada tinajuela sin quemarse ni escaldarse diré que ese piensa y diz lo cierto, mas el que se abrasare se equivoca.

Murmuraron ya de mala manera los circunstantes, mas no por eso dejó de continuar su discurso así Don Quijote:

—No son con todo eso, señores míos, mi pensar y mi tenacidad tan inquebrantables que relajarse no deban ni puedan en algun modo. Venga pues acá, en vez del cubo, un borceguí de acero, adornado en toda su parte interior de agudas puntas, con tal que sea él muy mas pequeño que el comun tamaño de pie de hombre cualquiera; él que con calzado tal, bien ajustado, de nungun modo adoleciere es voz y voto, y no quien se sintiere de la prueba.

—¿Alma del pícaro Cain! dijo un labriego, pues no son los escarpines mal almohadillados!

—Vaya por fin la prueba decisiva, añadió Don Quijote, que no ha de admitir pero ni mejoramiento. Vengan las tablillas de medir inmediatamente.

—¿Qué tablillas ni que diablos! dijo Sancho,

—Ciertas varas graduadas, prosiguió Don Quijote, son aquesas que digo con las que así se miden faltas cual perversidades segun sus signos, sus muestras y operaciones.

—Por vida de mi padre, exclamó Sancho, que ya me está abrasando tanto melindre; y de aquí adelante luz vender han á varas y clarar han

cl
vil ese es
en la frente,
verdadero médico que el re
la botica; y echen á la difunta tierra
que todo lo tapa.

De lo que sacarás y deducirás, Sancho, que en esta, cual en todas ocasiones, es esperanza del mundo la andante Caballería, *fides, patria, amor* de las gentes, y lo primero lo primero. Y asiento y declaro, que quien pagamente sale del mundo llévase de cierto dél cuanto pudiere y agora es mi ordenar que registren al cadáver.

—¿Miren la lindeza! exclamó un rústico, y si le esperamos á su señoría para ese caso! La bruja nada consigo lleva de este mundo.

—Hasta del vientre mismo, si es que puede, hace archivo la malicia, dijo Don Quijote; y agora vos abre boca á ese cadáver, que en todos casos, mas es la vocacion trabajos de hombres.

Y explorada que fué la difunta se halló en élla bolsilla de roja seda, la cual punto Don Quijote con todos concurrentes.

—¿Santa María! exclamó S si mi amo es barajador de todos hombres! y ni es loco ni cuerdo ni sabio, ni tonto, ni entendido ni huero mas es loco de locos y cuerdo de los cuerdos, que da espanto y al traste con la misma sabiduría. ¡Y ren de donde fué el sacar la bolsilla su pecado! ¡Y las gitanerías van al otro mundo! ¡Y si ellos vieses!

Arrojados escombros y ces la huesa, huyeron las gentes desvandadas por el campo, entre las cuales fueron de advertir, la estampa marimórea de un hombre, no negro tanto, la de una colérica mujer por el mandato de Don Quijote, y el morde de las uñas de un chico todo al revés que lo son piedras preciosas, tan hermoso de fuera como se traslucía su interior ennegrecido. Volvian desde lejos las cabezas las mujeres descalzas cual rostros espeluznados de Medusa, y quedábase el chico rezagado harto por hacer sus saltos, muecas befa y burla al caballero. Este, reconocida en tanto la bolsilla, halló como la enterrada Lila se llamaba Marta ciertamente.

Habia anochecido mientras pasaron todas estas cosas y todavía fué necesario no corto espacio de tiempo para que Don Quijote pudiese recordar y

yo apée del
y vaya observando y toman-
do el tiento á esta tupida alfombra de
yerba de este recuesto, pues los seño-
res eran muchos y las damas no pocas
sin contar los ojeadores y palafrane-
ros, los cuales todos deben haber deja-
do en estos suelos gran rastro de su
marcha.

Y habiéndolo verificado así Sancho,
al cabo de una hora, poco mas ó menos,
Rocinante puso sus manos sobre mar-
móreo pavimento.

—¿Cómo pues ahora no sirves de
guía y norte cuando mas eres necesá-
rio? preguntó Don Quijote.

—No es no querer mas el no poder,
dijo Sancho, por hallarme agora ocu-
pado.

—Lo cual creo buenamente, dijo
Quijote, pues la que padeces fué,
será enfermedad de miedo, y en
te hallarás necesitado.

—Pues, dijo Sancho, como el
estas malezas y árboles y
te aparentan meterse por

es una blanca estatua de los
saltó de su pedestal y tomó la
Rocinante.

—Bien lo vé ya su merced, dijo
Sancho como yo sirviera de estorbo á
ir en este instante delantero.

—Buena ventura, dijo Don Quijote,
ando los encantados á mi llegada se
ven del su sitio.

—Cio de Sancho entretanto em-
hacia adelante dos enormes
agos, que ya plegaban ó exten-
grandes alas de tela de araña.
cual iba diciendo Sancho, ya
Caballero sobre el asno:

—Créanme los Señores pájaros que
el rucio no ha menester por agora de
su ayuda, antes él se empeñará en ha-
cerse del remolón por lo mismo que le
incitan y obligan á que camine. A
asnos no hay como dar su buena guía,
que es su oficio siempre el irse detrás,
sobre que con esta condicion se an-
darán sin resollar todo el universo;
y hostigados que fueren no hay poder
llegarse á ellos, especialmente por
donde van maniobrando sus exce-
lencias.

Mas no por eso abandonaban su
quehacer las silenciosas y fatídicas
apariciones, con lo que Sancho tem-
blaba como azogado.

De esta suerte pasaron Caballero y
Escudero por el vano de una portada
oriental, de elevacion escasa, y tras

largas y enlutadas calles de negro y
espeso ramage apareció una gótica ca-
pilla de mohecido pavimento á causa
de la humedad, cuajada de morunos
relieves, en cuyo centro en su lecho
de mármol apareció una yacente está-
tua, la cual incorporándose saludó por
tres veces á Don Quijote con grande
acatamiento.

—Al menos son bien criados estos
muertos, dijo Sancho.

—Calla, dijo Don Quijote, que con
encantados haber no debe nadie pala-
bras, y tal vez le dá con aquellas que
son causa y continuacion de su mar-
tirio.

A la mano derecha se mostraba
la salida de la capilla recamada de
yedraz, parras y lúpulos, y tomando
por ella la comitiva, fué á dar á un
pequeño valle rodeado de montañas
de deslavadas rocas. Pero en el centro
de la vega se dibujaba á luz de luna
un elegantísimo palacio á el cual ape-
nas se acercaron Sancho y Don Quijote
cuando de andenes y corredores flo-
vieron flores, y de puertas y bajas ven-
tanillas salieron comparsas ricamente
engalanadas á recibir al Caballero.
Tanto hubo de arrimarse Sancho á su
Señor, que éste hubo de romper en
algun tanto desaliñadas frases, las
cuales no habian terminado cuando
todo de una vez aparecieron ilumina-
dos todo el bosque y jardin como con
luz celeste.

—Ahora veo, dijo Sancho, como
pudo muy bien ser la verdad lo que
su merced vió y halló en la Cueva de
Montesinos, y esto digo es capaz de
hacer á cualquiera perder su juicio,
pues las enramadas brotan fuego, las
flores arden y los bosquetes están lle-
nos de genios y de ninfas, y hasta las
aguas mismas en sus fuentes y casca-
das luz brotan á torrentes como los
prados y las grutas. Y estas deben de
ser verdaderas aventuras de Caballe-
rías andantes.

—No sabes tú, dijo Don Quijote,
hasta donde se extiende y llega el fue-
ro de la Orden en que he profesado,
pero te digo que tiempo llegará en que
juzgues nada aún todo lo que ves, pal-
pas y admiras.

La Semana santa ha pasado en
constante y menuda lluvia como lloro
del cielo; los campos han recogido los
incalculables beneficios de esas aguas
divinas.

No hemos visto mucha gente, pero
buena. La verdadera piedad solo habi-
ta en las grandes almas, en lo levanta-
dos espíritus, en las gentes que sus

padres educaron desde los prime-
r instantes en las prácticas y sublimes
meditaciones de las eternas verdades;
ni hay mas triste espectáculo que el
observar como las menosprecian los
que ni las alcanzan ni ofrecen de por
sí otro ejemplo que grandes miserias
y deplorables ignorancias. Hombres
desiertos. El catolicismo hace á los
hombres espirituales; fuerza hacia
arriba contraria á la del barro que se
va abajo, por medio de la cual el hom-
bre se libra de caminar como la cule-
bra con su vientre arrastras por el
suelo.

Los campos ofrecen un espectáculo,
en general, como pocas veces; espe-
cialmente las siembras tempranas.

Tenemos entendido que se procura
gran lucimiento á los Juegos florales;
es necesario hacerlo así, porque en-
sanchando el perímetro es probable
un resulta lo mucho mas satisfactorio
en honor de esta Ciudad.

El aspecto que presentan el Merca-
do de ganados, el nuevo Cuartel de
San Pablo y la explanada inmediata
en el paseo de la Quinta dan ya idea
de una capital de provincia que se de-
cide por fin á abandonar la estrechísi-
ma cuna de su nacimiento sobre el
cerro del Castillo. Despues de haber
reflexionado bien sobre este asunto,
no hay duda que la Búrgos moderna
debe ocupar todo el campo de uno y
otro costado del camino de Francia, si
ha de salir de su lecho de Procasto.
Mas no hay que pensar que esto pue-
da suceder sin dar á Búrgos elemen-
tos de vida de los cuales carece, pues
desde los tiempos primeros de la
Edad-media se ha ofrecido á la Histo-
ria con harta sobriedad y desaliento.
Los terrenos de la Isla son muy hú-
medos y poco despejados; por lo cual
conviene indicar las nuevas edifica-
ciones, que sean necesarias, en la zona
del Nordeste, que con verdaderas
plantaciones puede abrigarse mucho
mas que la zona del Oeste pequeña,
lóbrega y no tan saludable.

Varios libros están escritos con el
objeto de explicar la Catedral de Búr-
gos: ¿en dónde está la descripción ar-
tística de este admirable monumento?
¿y la de los demás?

¿Dónde está la descripción de nues-
tros campos, terrenos, posición, ne-
cesidades, recursos, esperanzas y
medios de mejoramiento?

Es ciertamente grande el entusiasmo
con que se crea el Liceo; la obra avanza por
instantes, los fondos y socios crecen, las
secciones están constituidas y los resultados
no se hacen esperar.

Imp. de la viuda de Villanueva